

Editorial

Una perspectiva crítica desde la Modernidad

Recibido: 1 de julio de 2023 - Aceptado: 2 de octubre de 2023

Publicado: 20 de enero de 2024

DOI: 10.24142/rch.n43e



Por siglos, y desde la aparición formal de las universidades, la vida académica fue concebida como una práctica consuetudinaria fuertemente adherida a la búsqueda y difusión del conocimiento; así, podría afirmarse, que la finalidad de los académicos formados en la tradición de las grandes universidades, era consagrar su existencia al saber, formular preguntas y buscar respuestas de manera ingente.

En medio de los devaneos propios que trajo el declive de la vida medieval, donde se comenzaron cuestionar los usos confesionales del conocimiento, y posteriormente las visiones devenidas del Renacimiento occidental, los académicos mantuvieron su papel de constante prospección de saberes. Este carácter no se perdió con la superación de las posturas renacentistas que, a su vez, vieron crecer sólidas teorías y el desprendimiento absoluto de los matices monacales, dando paso a un nuevo arquetipo de académico, quien ya se preocuparía más propiamente del abandono de la minoría de edad kantiana, y abriría las puertas para la incorporación de Occidente en la Modernidad.

Fue hasta el declive del siglo xx que las condiciones de la vida académica se vieron fuertemente cuestionadas, presentándose una clara pauperización de la vida universitaria, trayendo consecuencias por vías de doble implicación; por una parte, en la calidad del trabajo académico, por otra en las formas representativas de la vida intelectual que influía sobre el devenir de las sociedades.

Los detonantes de aquellos cambios que estremecieron los cimientos de la cotidianidad universitaria, los podemos encontrar en las renovadas prácticas económicas impuestas por un nuevo modelo obligado a los sistemas de producción, que afectaría las condiciones de vida de las sociedades burguesas, en particular de las clases medias.

Pero, además de la hija bien parida de ese nuevo modelo productivo, una postura mental (al decir de Lyotard), la Posmodernidad. Con esta última, pero siempre bajo el uso continuado de la estructura argumental moderna, comenzó un ataque a las formas de conocimiento edificadas desde la Modernidad y, así, categorías como paradigma científico, conocimiento estructurado, inmanencia teórica, fueron bruscamente desplazadas por caprichos neo-teóricos que se afincaron en ideas peregrinas como las de “no lugar”, “ideario poscolonial”, “meta-relato moderno”, “giro lingüístico”... impulsados por autores que atendían, desde la comodidad sus plazas eméritas en las grandes universidades norteamericanas y europeas, como tenderos ofreciendo una yarda de

tela otomana, ideas para públicos que habían encontrado, en ellos, la salida perfecta para evitarse la engorrosa labor de hacer intensos estudios de los autores de canon, resultando invitados a “producir”, desde el desconocimiento, material ligero para alimentar el consumo de las nuevas masas académicas, instigadas por el neoliberalismo transigido a la vida universitaria.

Es, justamente este último, el neoliberalismo, el que ha resuelto dar la punta final a la pauperización de la vida académica, donde el profesor pierde todo su estatus propio, mientras cae en los extravíos de formatos y labores administrativas que van desde el diligenciamiento de normativas de “calidad”, hasta la escritura ciega de textos puntuables para escalafón. Su oficio, el de escribir para sus estudiantes, para su inmediato público, desaparece, convirtiéndose aquello en una mera transacción, mientras que los momentos de reflexión, han resultado reemplazados por la frivolidad de las labores propias de un gestor.

Acabar con lo expuesto resultaría tan ingenuo, como pretender eliminar el pan de la dieta, sin embargo, es la pretensión de nuestra publicación *Círculo de Humanidades* brindar elementos de juicio para proceder con posturas genuinamente críticas frente al devenir de las ciencias sociales.

Círculo de Humanidades presenta aquí una nueva etapa, con miras a ser ofrecida en una mayor diversidad de públicos, pero también con la participación de la misma variedad de autores. Las posturas, y este es un compromiso, no resultarán censuradas ni matizadas por más lejanas que estas resulten de las pretensiones propias que se expresan desde las páginas editoriales, pues el debate y la confrontación académica, será el puntal que determine la esencia de nuestra publicación.

El Editor

